

Piketty, Thomas; *CAPITAL E IDEOLOGÍA*,
Ediciones Deusto, 2019 (pp. 1200),
ISBN: 9788423430956

Albert Recio Andreu¹

Universitat Autònoma de Barcelona

Debo confesar que inicié la lectura de esta nueva entrega de Thomas Piketty con cierta prevención. Su obra anterior *El capital en el siglo XXI* había tenido el mérito de situar el debate sobre las desigualdades en el centro del debate académico pero su esquema analítico me pareció insatisfactorio. Su nueva entrega, por su extensión y por venir de alguien encumbrado, corría el peligro de convertirse en un empeño un poco pretencioso. Leí alguna crítica de economistas marxistas en *Viento Sur* o en *Sin permiso* bastante duras, lo que aumentó mis prevenciones. Después de la lectura (el confinamiento me ha permitido tener la tranquilidad y el tiempo de hacerla de un tirón), debo decir que me ha parecido un texto sumamente interesante, de lectura obligada para todo economista crítico. Un texto con el que se puede dialogar y del que, sobretodo, se pueden sacar sugerencias para investigaciones teóricas y debates posteriores. Aunque en algunos casos, dada la amplitud de temas que aborda, puede resultar algo superficial. Y aunque pueda discutirse si el enfoque es suficiente para entender la naturaleza de las desigualdades en la sociedad contemporánea. Mi comentario es por tanto una invitación a leer el libro (de fácil lectura, otro mérito) y a abrir una discusión en serio sobre muchos de los temas que el trabajo sugiere. En primer lugar, trataré de presentar sucintamente su contenido, apuntando las cuestiones que me parecen más relevantes, y en la última parte de mi comentario introduciré alguna apreciación crítica y un intento de situar la obra en un contexto de economía crítica.

CONTENIDO

El libro está dividido en una Introducción y cuatro partes. En la Introducción se explicita el argumento analítico que utilizará en el resto del libro. La primera parte, "Los regímenes desigualitarios en la historia", está fundamentalmente dedicado a analizar las desigualdades en las sociedades del feudalismo tardío y la primera fase del capitalismo. La segunda parte, "Las sociedades esclavistas y coloniales", aplica su esquema analítico a sociedades precapitalistas y a la experiencia colonial. En la tercera parte, "La gran transformación

¹ Albert.recio@uab.cat

del Siglo XX", aborda el análisis de las sociedades capitalistas en sus fases "socialdemócrata" y neoliberal, así como la experiencia del socialismo soviético. En la cuarta parte, "Repensar las dimensiones del conflicto político", se sumerge en tratar de explicar el impacto de las desigualdades en los comportamientos políticos, especialmente electorales en los años recientes. Solo el enunciado de temas ya muestra la enorme variedad de problemas que aborda. Sin duda unos con mayor profundidad y acierto que otros. Pero en todo caso construye un atlas que vale la pena contemplar.

En la introducción explicita el hilo conductor del libro, el análisis de las ideologías que legitiman la desigualdad. Su punto de partida me parece impecable

"Todas las sociedades tienen necesidad de justificar sus desigualdades: sin una razón de ser, el edificio político y social en su totalidad amenazaría con derrumbarse. Por eso cada época se genera un conjunto de discursos e ideologías que tratan de legitimar la desigualdad tal y como existe o debiera existir (p. 11)"

"En las sociedades contemporáneas, el relato dominante es fundamentalmente el propietario, empresarial y meritocrático (p. 11)"

Pasa inmediatamente a reconocer que se ha producido un aumento considerable de la desigualdad en las últimas décadas que critica abiertamente

"La desigualdad moderna se caracteriza por un conjunto de prácticas discriminatorias entre estatus sociales y orígenes étnico-religiosos que son ejercidas con una violencia mal descrita en el cuento de hadas meritocrático (p.12)"

y concluye de forma clara

"Sin un nuevo horizonte universalista e igualitario que permita afrontar de manera creíble los retos que plantea la desigualdad, los movimientos migratorios y las transformaciones climáticas en curso, es de temer que el repliegue identitario y nacionalista ocupe un espacio cada vez mayor en la construcción de un relato que termine por sustituir al actualmente predominante (propietario y meritocrático) (p.12)"

En el resto del libro se ocupará, especialmente del estudio del relato propietario y del identitario, mientras que dedica una menor atención a las otras dos cuestiones que considera forman parte del núcleo legitimador de las sociedades capitalistas.

Después remacha su punto de vista central al indicar que

"La desigualdad no es económica o tecnológica: es ideológica y política... Dicho de otro modo el mercado y la competencia, los beneficios y los salarios, el capital y la deuda, los trabajadores cualificados y los no cualificados, los nacionales y los extranjeros, los paraísos fiscales y la competitividad no existen como tales. Son construcciones sociales e históricas que dependen completamente del sistema legal, fiscal, educativo y político que decidimos establecer. Estas decisiones dependen, sobre todo de la interpretación que cada sociedad hace de la justicia social (p. 19)."

Puede considerarse esta afirmación tan contundente como una muestra de una visión totalmente idealista de la sociedad o podemos aceptarla provisionalmente como una guía para ver a donde nos conduce su punto de partida. En lo que sí es explícito es que esto supone desechar toda explicación de las desigualdades en clave naturalista, que es a menudo la clave que utilizan en diversas versiones los amigos de las desigualdades.

El resto de la introducción está dedicado a desarrollar una sucinta historia de las desigualdades en las tres últimas centurias y mostrar especialmente el nuevo aumento de las desigualdades a partir de 1980.

De este análisis deduce, además, lo que considera una reflexión estratégica, para él la reducción de las desigualdades en la época dorada del capitalismo se sustentó en dos patas fundamentales: el aumento de la progresividad fiscal y la democratización del acceso a la educación que serían precisamente dos de las cosas que se han desmontado en período neoliberal. Será un tema que retoma en otras partes del libro.

La primera parte donde analiza las desigualdades, desde la prehistoria de la sociedad burguesa hasta la Segunda Guerra mundial, está organizada en cinco capítulos. El primero de ellos está dedicado a lo que llama "las sociedades ternarias", lo que llamaríamos sociedad feudal, basada en la existencia de tres estamentos (nobleza, clero y pueblo llano), en las que el cemento ideológico aglutinador es el de que cada uno de los estamentos realiza una función necesaria para el funcionamiento social. En el siguiente capítulo, analiza más a fondo la dinámica de esta estructura estamental señalando que el peso de nobleza y clero en la población se estaba reduciendo (y quizás ello facilitó que fueran percibidos como una élite ociosa). Un aspecto central de este capítulo es mostrar que clero y nobleza eran clases propietaristas, que justificaban su participación en el producto social en base a la legítima propiedad de sus haciendas. La legitimación de la propiedad es anterior al capitalismo:

"(...) la tesis subyacente es que el derecho moderno a la propiedad (tanto en su dimensión emancipadora como en su dimensión desigualitaria y excluyente) no nació en 1688... ni siquiera en 1789...: son las doctrinas cristianas las que han moldeado el derecho a la propiedad a lo largo de los siglos para asegurar la sostenibilidad de la Iglesia como organización religiosa y pudiente."

Una tesis sugerente que debería confrontarse con un buen tratado de historia del derecho de propiedad.

Los tres capítulos siguientes son de los más interesantes del libro. En ellos analiza la construcción del derecho de propiedad en la primera fase del capitalismo. Con especial dedicación al caso de Francia y una revisión de diversos países europeos. Hay en estas tres secciones un interesante análisis de cómo se regularon los derechos de propiedad y los impuestos sobre la misma, en el que se muestra la timidez de los cambios en el período de la revolución francesa y el posterior reforzamiento del derecho de propiedad a partir de Napoleón. El análisis sugiere, además, que lejos de una ruptura con el viejo orden, en muchos casos, lo que posibilitaron las reformas tanto en Francia como en Reino Unido fue una reconversión de parte de la vieja nobleza en nuevos rentistas capitalistas. Y en general un fuerte aumento de las desigualdades a lo largo del siglo XIX y parte del XX. Un caso extremo de esta desigualdad lo representa Suecia, país que hasta 1911 contó con un sistema político hipercensitario que garantizaba una enorme concentración de la riqueza.

En la segunda parte el análisis de la propiedad se sitúa fuera del marco europeo y se extiende a otros territorios y otros modelos sociales. El primer capítulo está dedicado al estudio del esclavismo, en particular al esclavismo moderno, el de las sociedades coloniales. Lo más relevante de este capítulo es el análisis que hace del proceso final de la esclavitud en el caso británico, francés (la revolución de Haití) y el caso norteamericano. En los tres casos el aspecto más interesante de este capítulo es que señala como a pesar de que la esclavitud se acabó considerando una situación indigna, en el proceso de emancipación se reconoció el derecho de los esclavistas a su propiedad y, por ello a ser compensados por la pérdida de sus activos. Con ello se transfirió la desigualdad al derecho de percibir una renta. El caso más espectacular es el de Haití donde triunfó una revolución de esclavos, pero la antigua colonia impuso una enorme compensación financiera que durante muchos años lastró a la economía haitiana y proporcionó un importante flujo de ingresos a la metrópoli. Una vez más lo que refleja es cómo se produjo la conversión de viejos derechos en otros nuevos. El siguiente capítulo revisa la historia del colonialismo europeo mostrando que las sociedades coloniales constituyeron modelos sociales de extrema desigualdad y cómo la explotación colonial ha tenido un papel crucial en la historia del capitalismo. Los dos últimos

capítulos están dedicados a analizar el caso de las sociedades asiáticas. Dedicó especial atención al caso indio tratando de analizar su estructura social básica en términos de un modelo funcional parecido al europeo feudal (pero en el caso indio con cuatro grupos en lugar de tres). Pero un sistema menos estático y más complejo por la irrupción del islam primero y del colonialismo británico después. En esto sigue bastante la senda emprendida por Marx de mostrar cómo la intervención europea modelo, a menudo, reforzó el fraccionamiento de la sociedad india en jerarquías y grupos sociales. Finalmente intenta analizar la estructura social de China, Japón e Irán con observaciones interesantes, pero quizás metiéndose en cuestiones que requieren un estudio más detallado.

La tercera parte aborda la crisis del capitalismo propietario y la gran transformación del siglo XX, que dieron lugar al período de menores desigualdades de la época moderna. Muestra que este proceso tuvo lugar tanto en términos de renta como de propiedad y tuvo especial relevancia al final de la Segunda Guerra Mundial. En gran parte fue el enorme endeudamiento público provocado por las dos grandes guerras el que propició esta situación. Básicamente este desplome de la propiedad se produjo por la combinación de tres mecanismos, expropiaciones y nacionalizaciones en algunos casos, inflación y la fijación de impuestos especiales al capital y la fiscalidad progresiva. Piketty considera este último elemento el núcleo central de las políticas de igualdad.

Sin embargo, reconoce que este factor sólo no basta y que las sociedades socialdemócratas sólo alcanzaron un grado limitado de igualdad. Por ello, en el capítulo 11, se dedica a analizar los límites del modelo, y a destacar sus potencialidades. Se centra en dos cuestiones cruciales: la de la propiedad de los activos productivos y la educación. Plantea tres posibilidades de limitación de la propiedad privada: propiedad pública, propiedad social con amplia participación de los trabajadores en la toma de decisiones y lo que él llama propiedad temporal, entendida como un sistema fiscal que genere una devolución de parte de la propiedad privada a la sociedad. Analiza con bastante detalle la experiencia de la cogestión como una experiencia y una opción radicalizable en el sentido de aumentar el poder de los trabajadores en la vida de las empresas. Curiosamente desprecia con un argumento banal el modelo cooperativo. Puestos a evaluar alternativas al capital privado se echa en falta una referencia explícita a esta experiencia (Mondragón, la Coop británica etc.), así como a los planes de capitalización del salario que pusieron en marcha los sindicatos suecos y que suponían otro enfoque para abordar la cuestión. En el terreno educativo, tras mostrar que este fue un factor de igualdad en el pasado, considera que el cambio en las políticas de gasto ha generado una quiebra en la igualdad educativa que explicaría otro factor de bloqueo de la misma.

El capítulo 12 se dedica a las sociedades comunistas y postcomunistas -una reflexión básica para un texto que trata de analizar las ideas de igualdad. Para Piketty, uno de los problemas centrales del comunismo soviético fue el no contar con una teoría de la propiedad; y la opción por una burda simplificación, mediante la adopción de un modelo hipercentralizado autoritario. Si bien la Rusia soviética redujo las desigualdades de forma ostensible sus niveles de vida se fueron distanciando significativamente y no supo resolver adecuadamente la gestión de la complejidad de economías muy diversificadas. Lo que vino después fue peor, tanto en Rusia como en buena parte de los países ex soviéticos europeos. Analiza también el caso chino mostrando que a diferencia de Rusia, donde se produjo una evaporación completa del capital público, el modelo de capitalismo chino ha conservado un porcentaje importante de capital en manos públicas. Aunque también ha experimentado un notable incremento de las desigualdades

La tercera parte se cierra con un capítulo dedicado a la contrarrevolución neoliberal, lo que él llama "hipercapitalismo". No es un capítulo muy original, resume en gran medida trabajos anteriores, en los que se hace evidente el remonte de la desigualdad en las últimas décadas y el reforzamiento de las ideologías propietaristas y meritocráticas.

La cuarta y última parte incluye dos objetivos, analizar el cambio en los comportamientos electorales y su relación con la composición social y ofrecer algunas ideas básicas para reconstruir una política

igualitaria. El debate se inicia señalando que la discusión sobre la igualdad no puede reducirse a una visión unidimensional de clases.

"El conflicto político es ante todo ideológico y no clasista" (p. 861). Ello es algo que resulta un poco sorprendente y va seguido de una reflexión bastante superficial de lo que es o no una clase social, para acabar reconociendo que hasta 1980 "La estructura del conflicto político fue 'clasista'" (p. 863). A partir de este momento, Piketty realiza un análisis bastante detallado de las bases sociales de los procesos electorales mostrando que el voto de izquierda en Francia (también en el resto de los países) ha pasado de ser el voto de gente sin estudios al voto de la gente con estudios. Lo que él denominará "izquierda brahmánica". Un fenómeno que ha ocurrido a la par con una creciente desmovilización electoral y el traslado del voto de la gente sin estudios a lo que él denomina el "social nativismo". La exclusión de los de fuera como protección de los de dentro. Aunque curiosamente concede enorme importancia a las desigualdades del sistema educativo, a la hora de explicar esta deriva política, reconoce en este proceso el acceso masivo a la educación de muchas personas de origen obrero.

Analiza también el impacto del origen étnico y religioso y su relación con el voto (mostrando cuestiones interesantes como la de que el voto musulmán es de izquierdas por miedo al nativismo). Y, acaba por sugerir, que el mapa político se divide en cuatro por la combinación del eje igualdad-desigualdad y el eje nacionalismo-internacionalismo. En los dos siguientes capítulos, aplica esta herramienta de análisis al contexto euroamericano y al de los países postcoloniales, mostrando, en todos los casos, la complejidad del mapa electoral cuando las visiones natalistas interfieren con las tradicionales divisiones en torno a la igualdad,

En el último capítulo, Piketty trata de recomponer los elementos que ha ido desarrollando a lo largo del libro para ofrecer propuestas de reconstrucción de un proyecto socialista. El núcleo de su propuesta lo sitúa en lo que el mismo denomina "socialismo participativo", que considera que debe incluir elementos de la vieja tradición socialista: provisión universal de bienes básicos, educación igualitaria, fiscalidad progresiva y propiedad temporal con una apuesta clara por la participación activa y la descentralización (opuesto al modelo hipercentralizado de la experiencia soviética).

Los dos ejes novedosos que introduce son el de ampliar el poder de los trabajadores en las empresas, cambiando las normas que deciden los puestos de control y reduciendo el poder de los accionistas y el ampliar la circulación del capital básicamente mediante una imposición sobre el patrimonio que le haga retornar a la sociedad. Este dinero sería recaudado por el estado en forma de transferencias y tendería a igualar la distribución de la propiedad (Una de las sugerencias es distribuir lo recaudado en una paga que recibiría toda persona de 25 años, lo que sugiere la creación de una herencia universal). Su cálculo es que ello sería factible con una recaudación del 5% del PIB en forma de impuestos al patrimonio y a la herencia.

Esta propuesta, entiendo, sirve para clarificar a que se refiere Piketty cuando habla de propiedad temporal. Los ricos verían expropiada periódicamente parte de su riqueza para posibilitar una distribución más igualitaria de la misma. En el mismo sentido, aborda la posibilidad de establecer una renta básica y la necesidad de hacer más transparente y justo el sistema educativo. El libro concluye con algunas observaciones sobre cómo aplicar estas políticas en el contexto internacional y sobre cómo crear un sistema de fronteras justas a tal fin.

COMENTARIO

Como se habrá podido comprobar es difícil resumir un trabajo tan extenso y que aborda tantos temas diversos. No siempre se tiene la sensación de que hay un hilo lógico conductor ni que el trabajo sea lo que en parte se anuncia al principio: el análisis de la desigualdad y de sus ideologías. No es en este sentido un libro de análisis de pensamiento económico y social y una revisión crítica de las diversas teorías. Es más bien un *collage* en el que se combinan intentos de análisis de diversas estructuras sociales, estudios

empíricos sobre mediciones de la desigualdad y sobre comportamientos electorales, propuestas de reforma política...Y, a pesar de que pueda tenerse la sensación de que hay un exceso de pretensión en el empeño, uno no deja de tener la sensación de que en el libro hay muchas cosas interesantes y que, por ello, merece la pena leerlo, para encontrar pistas donde seguir trabajando. Lo ejemplifico en un caso concreto: el del debate sobre el modelo soviético. Creo que el análisis de Piketty es insuficiente para entender los problemas del modelo. Pero tiene el interés de que pone el foco en uno de los temas que cualquiera interesado en un cambio de sociedad debería plantearse: el de la propiedad y la gestión empresarial. En este, y otros muchos ámbitos, el libro abre puertas que vale la pena explorar.

A cualquier persona formada en una tradición materialista puede chirriarle lo de elegir la ideología como eje del análisis. Es discutible, como afirma, que las ideologías no tengan una base clasista o material. Sobre todo, las ideologías que tratan de cohesionar y justificar un determinado orden social. Estas son el producto elaborado y conscientemente transmitido a través de organizaciones, procesos comunicativos y prácticas relacionales, detrás de las cuales siempre suelen estar individuos con intereses y voluntad. Miembros, ellos mismos, de las élites interesadas en la perpetuación del modelo. No creo que Piketty sea tan ingenuo como para ignorarlo. De hecho, uno tiene la impresión de que su línea expositiva está diseñada para mantener distancias con la tradición marxista y evitar que le contamine. Sería especular plantear las razones que puedas haber tenido para esta elección, pues motivos potenciales hay muchos. Desde el posible desprecio intelectual, pasando por una voluntad de marcar su espacio académico hasta la propia voluntad de eludir un lenguaje y un planteamiento que puede impedir que su discurso llegue a más gente. Sin embargo, una de sus asunciones, la de que la desigualdad no tiene una justificación material, se inserta completamente en esta tradición que él quiere eludir.

El análisis de la desigualdad en sus diferentes fases podría mejorar si se combinara con el concepto de modo de producción o cualquier versión evolucionada del mismo. La diferencia de éste, con su esquema interpretativo, es que esta visión permite incorporar al análisis tanto los aspectos organizativo y técnico-productivos de la actividad económica como las regulaciones institucionales que generan derechos, jerarquías y contribuyen a generar percepciones sociales. Y, además, permite entender los cambios también en este contexto. Al ignorar en gran parte la esfera productiva, tanto la mercantil como la no mercantil, pierde de vista importantes elementos que configuran las desigualdades sociales. Su análisis, por ejemplo, no aporta nada sobre las desigualdades de género, que constituyen un elemento tan importante como la clase y el étnico-nacional, a la hora de construir el marco real de las desigualdades existentes. De hecho, al dejar fuera de su visión a esta esfera productiva se limita a debatir la desigualdad en uno de sus aspectos legitimadores, el propietario, y, sólo de refilón, penetra en un debate serio sobre las otras dos cuestiones, la legitimación empresarial y la meritocrática.

Es cierto que las últimas décadas han significado un brutal retorno al capitalismo rentista, pero su éxito ha estado sustentado en que una gran parte de la población ha aceptado como buenas los argumentos desarrollados por el discurso del *emprendimiento* y el mérito personal. Un proceso no sólo ideológico sino basado en los cambios en las estructuras productivas del capitalismo maduro, en el que, junto a condiciones laborales degradadas, coexisten importantes sectores empleados en las voluminosas estructuras burocráticas de las grandes empresas y del sector público. Y, en esta línea, su análisis del sistema educativo, del que no se menciona su papel ideológico, me parece totalmente ingenuo.

De la misma forma que el análisis y las propuestas de Piketty se beneficiarían de un diálogo franco con otras tradiciones económicas, considero que toda la gente que esté interesada en avanzar hacia una sociedad más igualitaria encontrará ideas, datos, referencias y sugerencias en su obra. No es el gran tratado sobre la desigualdad, pero sí una aportación sustancial que no hay que menospreciar.